

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

E. P. Thompson: un abordaje analítico del acontecimiento y del tiempo histórico.

Bavasso y Ceferino Cristian.

Cita:

Bavasso y Ceferino Cristian (2013). *E. P. Thompson: un abordaje analítico del acontecimiento y del tiempo histórico*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/948>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia
Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza – Argentina
2 al 5 de Octubre de 2013

Mesa: N° 36: Por un diálogo ininterrumpido. Problemas, perspectivas y debates en torno a la práctica en Historia y el vínculo con la teoría social e Historiográfica.

Coordinadores: Federico Miliddi (UNLP-CONICET) – Damián López (UBA-UNQUI-CONICET)

Ponente: Ceferino Cristian Bavasso.

Título del Trabajo: “E. P. Thompson: un abordaje del acontecimiento y del tiempo histórico”.

Pertenencia Institucional: UNSAM/ IDAES – UNIBO- ISPJVG- UTDT- AAHE-ALAS- ASAIH.

Correos electrónicos: ccbavasso@gmail.com – cebavasso@gmail.com

Autorizo expresamente a su publicación

No existe pues, para un francés de esta segunda mitad del siglo XX, una mirada extranjera a la Revolución francesa.

F. Furet¹

La Revolución Francesa como acontecimiento fundante de la modernidad ha acarreado un debate que se ha desarrollado en los más de dos siglos de historia que nos separan de ella, al punto tal que la historia de este acontecimiento es en parte también, la historia de las distintas visiones del pasado que se han ido construyendo acerca de él. El debate historiográfico reconoce una línea principal de desarrollo entre los planteos de filiación liberal decimonónicos, hasta los jacobinos y socialistas, línea en la que se encuadran las interpretaciones marxistas desarrolladas en el presente siglo². Esta línea

¹ Furet, F., *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1980.

² En esta línea están comprendidos entre otros los trabajos de Guizot, Thierry, los de los socialistas Jaurés y Mathiez, y los marxistas de como G. Lefebvre y A. Soboul. Al respecto cfr. Hobsbawm, E., *Los ecos de la marselesa*, Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

de interpretación ha sido cuestionada radicalmente por interpretaciones revisionistas de la revolución desarrolladas desde hace cuatro décadas a esta parte³.

En este trabajo discutiremos dos de los postulados centrales de la crítica revisionista de Furet desde la peculiaridad de la visión del “jacobinismo” y la Revolución Francesa en los escritos de E. P. Thompson: básicamente *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1963 y el artículo polémica “Peculiarities of the English” (1965). Los puntos que discutiremos en las posiciones revisionistas son centralmente la atribución de una “falencia esencial” a toda interpretación marxista en tanto continuadora de las concepciones homogéneas del tiempo histórico a la versiones jacobino-socialistas y la específica consecuencia historiográfica que el revisionismo encuentra tras esta “falencia esencial”, la fallida conjunción entre el análisis del acontecimiento (político) y las ampliadas perspectivas de la historia social (y marxista), fallida conjunción que a juicio del revisionismo es tributaria del apego de estas concepciones a las representaciones que la revolución construye acerca de sí misma y por lo tanto testimonio de una *falsa conciencia* antes que de una admisible interpretación historiográfica⁴. En este sentido intentaremos defender la idea de que las acusaciones del revisionismo al marxismo en tanto juicio sobre el pasado construido desde el presente reproduce las falencias que encuentra en sus adversarios al no

³ El primer planteo revisionista es el de Cobban en “El mito de la revolución francesa” (1955) que ataca la “interpretación social” de la revolución. A este planteo sigue el de Furet y Richet (1965) que postula la tesis del *dérápaje* por el que la revolución liberal acarrea un resultado no deseado en el Terror “jacobino”, suerte de autonomización de lo político-ideológico que suspende el destino liberal de la revolución que se valora positivamente. Esta tesis provocativa termina constituyéndose en un intento de interpretación alternativo en el libro de Furet, *Pensar la Revolución Francesa*, de 1978, en el que este autor propone, retomando a Tocqueville y a Auguste Cochin un esquema interpretativo de lo que la revolución tiene de continuidad como de lo que tiene de cambio, en un intento de interpretar el “jacobinismo” desde una postura que se aleja del planteo de su “necesidad histórica”, denunciando el efecto mistificador de las recuperaciones contemporáneas del fenómeno.

⁴ Es necesario puntualizar que los planteos revisionistas constituyen centralmente un ataque al marxismo, centralmente a la idea (anterior) que éste toma del “siglo XVIII francés como una lucha de clases entre la burguesía capitalista naciente y la clase dirigente establecida de aristócratas feudales, que la nueva burguesía, consciente de su condición de clase, aprovechó para reemplazar la fuerza dominante de la sociedad”, Cfr. Hobsbawm, op. cit., p. 24. La divisoria puede trazarse entonces entre una interpretación de la “revolución burguesa” en sentido “epocal” y dependiente de una “teoría de la historia” o en sentido “empírico-inmediatista” que realiza una serie de objeciones al concepto a partir del desarrollo de la historiografía. Cfr. Sazbón, J. “La Revolución Francesa y los avatares de la modernidad” en *Boletín de historia Social Europea*, nº 2, La Plata, 1990, p. 51.

Una revisión más reciente sobre el debate apunta que la diferencia fundamental entre los historiadores *marxizantes* y los revisionistas “concerns questions of class and revolution, the role of *necessary*, possibly violent, class struggle in the process of historical change” y discute las posibilidades de la constitución de un consenso post-revisionista apelando incluso a la figura del Thompson antialthusseriano de *Miseria de la teoría* (1978). Cfr. Lewis, Gwynne, *The French Revolution. Rethinking the debate*, Routledge, London and New York, 1993, pp. 107 y ss., cita en p. 107.

plantearse como problemática la cuestión de los términos en que se establece la relación ineludible entre el presente y el pasado y con ello la de las formas específicas en que debe incorporarse la valoración de los sujetos estudiados y el punto de vista del historiador en el proceso de la reconstrucción histórica⁵

Con respecto al primer punto, debe señalarse que Furet identifica a la visión marxista como “aquella [que] es el producto del confuso encuentro entre bolchevismo y jacobinismo, que se nutre en una concepción lineal del progreso humano”⁶. La argumentación recurre por momentos a un rescate de Marx frente al marxismo, atribuyendo a éste último una concepción homogénea del tiempo histórico que se comprueba sin mayores dificultades a partir de establecer su filiación con las concepciones socialistas evolutivas de fines del siglo XIX. Esto es evidente en la consideración que realiza sobre la combinación de cambios y rupturas propuesta por Lefebvre, el más rescatable de sus enemigos:

“No intenta comprender bajo qué condiciones es posible hacer coincidir la idea de un cambio radical y la de una continuidad objetiva. Yuxtapone simplemente, sin procurar conciliar, un *análisis* del problema campesino a fines del siglo XVII y una *tradicón* contradictoria con este análisis que consiste en ver a la Revolución, a través de la perspectiva de sus propios actores, como una ruptura, como un advenimiento, una especie de tiempo de otra naturaleza, homogéneo como una tela nueva”⁷

Los marxistas, para Furet, cuanto intentan conceptualizar la ruptura dentro de un tiempo homogéneo y lineal tienden a reproducir las representaciones de los sujetos involucrados en la revolución, *la falsa conciencia* de quienes creen estar haciendo la historia en cierto sentido. Con ello Furet llega a la identificación de la postura marxista con una interpretación puramente ideológica, un producto de la «conciencia social»:

“ [...] este marxismo se limita a yuxtaponer un análisis de causas, realizado a partir de lo económico y social, al relato de los acontecimientos escrito a partir de lo político e ideológico. Pero esta incoherencia posee al menos la ventaja de subrayar uno de los problemas esenciales de la historiografía revolucionaria, el del empalme de los niveles de interpretación con la cronología del acontecimiento. Si se pretende conservar a todo precio la idea de una ruptura objetiva del tiempo

⁵ En este sentido, es importante señalar que si la cuestión pasara sólo por “desenmascarar” las intenciones ideológicas de los polemistas, las imputaciones furetianas al marxismo reduccionista tienen su contraparte en interpretaciones que atribuyen a Furet el mismo tipo de inclinaciones eminentemente ideológicas en sus escritos, como es el caso de los planteos hechos por François Dosse. Dosse, F., *La historia en migajas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, pp. 248-261.

⁶Furet, F., op. cit., p. 25.

⁷ Idem., p. 20.

histórico y hacer de esta ruptura el alfa y el omega de la historia de la Revolución, se cae en efecto [...] en absurdidades”⁸.

Las respuestas que han recibido este tipo de impugnaciones tienden a subrayar que el problema teórico de la “revolución burguesa” no desaparece con la constatación empírica de que en 1789 no había dos clases claramente antagónicas luchando por la supremacía⁹. Por otra parte ha sido criticada la solidez de la crítica al marxismo en nombre de Marx en alusión a la idea de «falsa conciencia»¹⁰. Nos interesa detenernos aquí en la atribución genérica de una linealidad del tiempo histórico a toda la interpretación social de la revolución, mostrando la existencia de una visión alternativa en la obra de E. P. Thompson que, compartiendo ciertos reparos contra la interpretación dominante, construye un cuadro interpretativo que logra saltar muchos de los deslices teóricos de la interpretación revisionista.

Como ya hemos señalado en un trabajo anterior, el análisis de la estructura de *La formación...* en su conjunto, sobre todo en lo atinente a la particular combinación de las “determinaciones subjetivas y objetivas”, es fundamental para la comprensión de la propuesta teórica e historiográfica de Thompson¹¹. Esto puede aplicarse también a la estructura de su Primera Parte en la que Thompson analiza el “jacobinismo” inglés.

Thompson establece el punto de inicio de la reconstrucción del proceso de formación de la clase obrera en la «experiencia» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, fundada en 1792. Esto se justifica para nuestro autor en las implicancias del lema político con que la SCL se define a sí misma: “que el número de nuestros miembros sea ilimitado” en el que encuentra una ruptura con la noción de exclusividad dominante hasta ese entonces en el ámbito político y con el radicalismo del siglo XVIII al estilo de Wilkes en el que “la multitud no se organizaba a sí misma”.

⁸ Idem., p. 25.

⁹ Hobsbawm, E., op. cit., p. 26.

¹⁰ Idem., y Sazbón, J., quien discute, mediante una remisión a la obra de Marx, la idea de si la comprobación de que cierta historiografía comparte la ilusión de la época estudiada supone la descalificación de la ilusión revolucionaria, y, consiguientemente, si esta ilusión revolucionaria por el hecho de ser una “ilusión”, carece de eficacia política. “La revolución...”, op. cit., pp. 56-58. Cfr. también “El Marx de Furet” en *Boletín de Historia Social Europea*, n° 3, La Plata, 1991

¹¹ Cfr. Sorgentini, H. “El tratamiento de la «experiencia» en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson”, en: Una mirada a las ideas marxistas después de la caída en el ámbito político, Documentos de Trabajo, 2, 2003.

Por otra parte, la existencia de esta ruptura se sostiene empíricamente en la constatación de la definición “subjetiva” que hacen sobre ella aquellos que la protagonizan:

“En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta -¿Tenemos derecho nosotros, hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales a conseguir una reforma parlamentaria?- considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que podamos ser capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho”¹².

La ruptura definitoria del origen del proceso de formación de la clase obrera es una ruptura en la subjetividad y su conceptualización de esta ruptura será la base de la reconstrucción de las tradiciones populares del siglo XVIII: la tradición de disidencia en materia religiosa, la tradición de la multitud en el siglo XVIII y la tradición popular ligada a la idea del “inglés libre por nacimiento” vistas a través del prisma de la década revolucionaria de *Los derechos del hombre* de Paine y la acción revolucionaria de los jacobinos ingleses. Thompson encuentra en estas tradiciones el sustrato histórico que le permite ver en la experiencia jacobina de la década revolucionaria de 1790, la existencia de nuevos contextos, lenguajes y argumentos para viejos debates ingleses. Esto lo lleva a superar toda visión determinista del jacobinismo inglés, sobre todo en el sentido de que éste no puede verse como determinado unívocamente por la Revolución Francesa. En efecto, el jacobinismo inglés retoma, a través de una suerte de cambio en la continuidad, aquellas viejas tradiciones populares. Y la Revolución Francesa es vista como un acontecimiento que precipita aquellas tradiciones populares de vieja data, rompiendo con la compuerta de los argumentos en términos constitucionalistas que daban forma al conflicto hasta ese entonces¹³.

“El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Demasiado a menudo, puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, vemos sólo

¹² *La formación...*, p. 4. Giddens ha señalado que “la importancia y originalidad de su planteamiento radica en su análisis de las creencias de los miembros de la Sociedad, que finalmente sirvieron para reorientar el Radicalismo preexistente hacia nuevas empresas. Es exactamente en este contexto donde Thompson intenta sustanciar su afirmación de que la clase se formó a sí misma tanto como fue formada. [...] Con esta decisión la sociedad se alejaba de las viejas tradiciones del Radicalismo en las que lo “político” se identificaba con los derechos de propiedad”. “Fuera del mecanicismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia” en *Historia Social*, nº 18, Inv. 1994., p. 155.

las cosas nuevas. Empezamos en 1789, y el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la revolución francesa. O, empezamos en 1819 y con Peterloo, y el radicalismo inglés parece que sea una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva, y es cierto que esta agitación arraigó entre la población obrera, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero sigue planteada la pregunta: ¿Cuáles fueron los elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menu peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense. Algo podemos atisbar de las complejidades de estas tradiciones, que se mantienen, si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses; y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables”.¹⁴

En este largo párrafo puede verse como Thompson concibe los cambios a través de las continuidades en la consideración, tanto del peso de las tradiciones que se proyectan hasta el presente, como de la importancia del análisis de los acontecimientos¹⁵. La relación que se define entre unas y otras permite construir un relato que supera una concepción lineal del tiempo: el acontecimiento de ruptura no es el acontecimiento fundante *per se*, es el elemento que permite descubrir aquellas tradiciones que estaban en el sustrato de su emergencia, y la recuperación de éstas es la que le termina confirmando su papel esencial como delimitador del cambio. Por otra parte, la incorporación de las representaciones de los sujetos no se da en el sentido de una aceptación acrítica de su “falsa conciencia” al punto de trastocar esta “falsa conciencia” en interpretación historiográfica. Se realiza como elemento ineludible para una adecuada reconstrucción del proceso histórico en el que un nuevo sujeto, la clase obrera, “es definido y se define a sí mismo” y que resultaría imposible de realizar sin la incorporación en el análisis del punto de vista de este sujeto¹⁶.

¹³ Las formas de conflictividad en el siglo XVIII constituirán el problema fundamental de la posterior obra historiográfica de Thompson. Cfr. *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

¹⁴ *Idem.*, pp. 11-12.

¹⁵ Ellen Meiksins Wood ha señalado, en respuesta a quienes han criticado el énfasis puesto por Thompson en las continuidades [de las tradiciones populares a la cultura obrera emergente], que “The point of Thompson’s argument [...] is to demonstrate the changes within the continuities precisely in order to show the logic of capitalist production relations at work in the ‘superstructure’”. Ver “Falling...”, *op. cit.*, cita en p. 142.

¹⁶ Al respecto, proponemos prestar atención a la formulación de Thompson sobre la clase obrera cuyo proceso de formación sólo se torna intelegible a partir de la incorporación de los testimonios de las

Desde nuestra perspectiva, estos desarrollos de la práctica histórica de Thompson deben considerarse en su relación con el carácter del método de construcción del conocimiento en la tradición marxista. En la obra del propio Marx, la configuración global del proceso histórico se concibe como un producto histórico cuyas relaciones fundamentales se comprenden sólo a partir de la totalidad, el todo más desarrollado que es la sociedad capitalista y el análisis dialéctico, que permite conocer la dinámica de las distintas formaciones históricas se remite, en último término, a una totalidad histórica que provee el método de aproximación¹⁷. En esta línea consideramos importante incorporar la reflexión de Benjamin sobre el problema del tiempo histórico como objeto de la historia, cuando señala que “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquel pletórico de tiempo-ahora (...)”¹⁸. Intentaremos mostrar que esta afirmación de Benjamin posee puntos comunes con la

experiencias de quienes sufren el proceso, ya que es esta incorporación la que le permite reconstruir “hechos de una clase diferente” (La formación, p. 212) a los descriptos por la historiografía dominante. En esta consideración metodológica exigen dos planos (a veces sólo diferenciados por matices) que deben distinguirse: por un lado, la reconstrucción de un “hecho o proceso objetivo” a partir de la consideración crítica de un testimonio explícitamente subjetivo y, por otro, la identificación de un hecho con el objeto del discurso de este testimonio explícitamente subjetivo. Desde nuestra perspectiva, el balance de una consideración global de la obra de nuestro autor muestra que la postura de Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa se corresponde más con la primera línea señalada que con la segunda. Por lo tanto, lo característico de su posición no es su sesgo “subjetivista” (en el sentido de privilegiar excluyentemente el sentimiento la visión o la *falsa conciencia* de los actores que estudia) sino su ubicación como historiador en otro punto de vista para observar los procesos objetivos que se desarrollan. La incorporación del punto de vista (y el sentimiento y visión de los sujetos que estudia) sí es indispensable para lograr una adecuada intelección de estos procesos, cuestión que, por otra parte, ubica a Thompson en una postura muy similar a la de Marx en cuanto a la construcción del conocimiento. El situarse en otro punto de vista le permite a Thompson ver lo que genéricamente llama “intensificación de la explotación”, dónde otros sólo ven aumento de la riqueza y crecimiento económico y puede ver en el “jacobinismo” no sólo una experiencia fundamental en el proceso de constitución de la clase obrera inglesa sino también una experiencia cuya complejidad no puede ser eludida como simple autonomización de lo político frente al esencialismo de cualquier interpretación anclada en lo social, cuando no una rayana prefiguración del “totalitarismo”...

¹⁷ Nos remitimos aquí las interpretaciones de la dialéctica marxista como un orden de verdad direnciado de la dialéctica hegeliana, tal cual ha sido propuesto por Herbert Marcuse. Marcuse señala que “Para Hegel, la totalidad era la totalidad de la razón, un sistema ontológico cerrado, idéntico en última instancia al sistema racional de la historia. El proceso dialéctico de Hegel era, pues, un proceso ontológico universal, en el que la historia se modelaba según el proceso metafísico del ser. Por el contrario, Marx desliga la dialéctica de esta base ontológica. En su obra, la negatividad de la realidad se convierte en una condición *histórica* que no puede ser hipostasiada como situación metafísica. Dicho de otro modo, se convierte en una condición social, asociada a una forma histórica particular de sociedad. La totalidad a que llega la dialéctica marxista es la totalidad de la sociedad de clases, y la negatividad que subyace en sus contradicciones y configura su contenido mismo es la negatividad de las relaciones de clases. (...) El método dialéctico, pues, se convertido por naturaleza propia en un método histórico”. Marcuse, H., *Razón y Revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, pp. 306-307.

¹⁸ Benjamin, Walter, “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia.*, Santiago, Chile, ARCIS y LOM Ediciones, [1995?], p. 61.

perspectiva historiográfica y la concepción del tiempo que subyacen al relato de Thompson¹⁹.

Volviendo a Thompson, recordamos que este elemento delimitador que nuestro autor encuentra en la experiencia jacobina de la década de 1790 y que analiza en el capítulo 1 de *La formación...*, le permite reconstruir las tradición intelectual de disidencia religiosa, la tradición de la multitud y la tradición asociada a la idea del “inglés libre por nacimiento” (estudiadas en los capítulos 2 a 4), que retoman ésta y otras experiencias políticas de la clase obrera en formación (como las de defensa de los derechos de las mujeres y la del radicalismo político).

No nos detendremos en el análisis de Thompson sobre el siglo XVIII. Sin embargo importa señalar que esto constituirá una preocupación central en su obra ulterior²⁰. En lo que respecta al análisis de *La formación...*, estas alusiones son significativas porque arrojan luz sobre el carácter de la experiencia jacobina. La consideración de esta tradición le permite a Thompson ver el carácter de ruptura expresado por Paine, presente ya en su obra *Sentido común* de 1776 que daba un peso escaso al “precedente” en la fundamentación de las demandas, pero que sin embargo no tuvo efectos en la práctica. (Apareció en Norteamérica y en Inglaterra sólo se difundió después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*)²¹. En este momento,

“(…) Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido Común [1776]*, entonces los reformadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las

¹⁹ Kaye ha sugerido con agudeza, tras un balance de la contribución colectiva de los historiadores marxistas británicos, sobre todo en su sentido político, que éstos “son los que mejor representan lo que Walter Benjamin pensaba cuando escribía «Sólo tendrá el don de encender la chispa de la esperanza en el pasado el historiador que esté firmemente convencido de que ni siquiera los *muertos* estarán a salvo del enemigo [la clase dirigente] si él gana. Y el enemigo no ha cesado de ser victorioso”, *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, 1989, p. 209. A nuestro juicio, debe explorarse esta sugerencia prestando atención a la lectura sobre el carácter histórico del método de Marx (Marcuse) y los puntos de correspondencia con estos planteos específicos de Benjamin sobre el “tiempo histórico” con la forma en que presenta Thompson el proceso de la formación de la clase obrera articulando cambios y continuidades a partir del “pletórico tiempo ahora” de la experiencia de la década jacobina de 1790 que permite recuperar las tradiciones populares del siglo XVIII y concebir el proceso de la formación de la clase obrera en el siglo XIX.

²⁰ Cfr. *Costumbres en común*, op. cit., y para una interpretación de las preocupaciones políticas que subyacen a esta sección de la obra thompsonian, Dworkin, Dennis, *Cultural Marxism in Postwar Britain*, Duke University Press, Durham and London, 1997.

²¹ *La formación...*, pp. 81 y ss.

verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuya mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

“Y sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque -incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter- implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. (...)”²²

La ruptura de esta retórica, hallada y valorada por Thompson en el Paine de *Sentido común*, se hace patente en la práctica con la experiencia jacobina. Esto puede verse en el éxito alcanzado por *Los derechos del hombre* y la importancia que Thompson le adjudica como elemento constitutivo de una tradición intelectual de reforma que contribuye a la formación de la “clase obrera” al plantear una serie de ideas (sobre todo en la segunda parte referida a los derechos sociales) de fácil articulación con las experiencias de los grupos que constituirán dicha clase²³.

El cierre de la exploración sobre el siglo XVIII está dado en el capítulo 5, último de la Primera Parte (de importancia fundamental al igual que el primero, para comprender la superación de la concepción lineal del tiempo realizada por Thompson). Este capítulo se aboca al análisis de la década jacobina como ruptura que incluye la continuidad. En él Thompson supera “la muralla china que separa al siglo XVIII del siglo XIX”, volviendo al objeto del capítulo 1. En palabras del autor

“(…) Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera, de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. Los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, en Inglaterra como un destello que se refleja en la toma de la Bastilla. Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés -las tradiciones disidentes y libertarias- se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.

²² Idem., pp. 83-84.

²³ “El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte (...) la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la Commonwealth» *whig* y el radicalismo de los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante estas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. (...)”, idem., pp. 90-91.

“El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo. Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine.”²⁴

En este capítulo se mantiene la combinación de rupturas y continuidades y la importancia concedida al análisis del acontecimiento. Esto no significa que Thompson eluda explicaciones generales, por el contrario estas se construyen a partir de un análisis empírico minucioso. Pero los acontecimientos no son situados en una esfera autonomizada sino que constituyen el cuerpo del proceso social. En este caso, los acontecimientos que se analizan son los que transcurren entre la creación de la Sociedad de Correspondencia de Londres y el mitin de York de 1795 con posterioridad a las Dos Leyes de Pitt que consideraban delito de traición cualquier incitación al pueblo al odio, o el desacato al rey, la Constitución o el gobierno y prohibían las reuniones de más de 50 personas²⁵. Estos acontecimientos tienen un peso determinante que es conceptualizado exclusivamente a partir de la indagación empírica y que puede proyectarse hasta adquirir el carácter de configurador de formas estructurales de larga duración. Por ejemplo, para Thompson, el análisis del mitin de York muestra que

“Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la disidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también esto fue consecuencia de las Dos Leyes, y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por igual.

“Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el hábeas corpus estuvo suspendido durante ocho años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo. Por supuesto, que este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place

²⁴ Idem., pp. 99-100.

²⁵ Ver idem., pp. 147-148. Véase que los acontecimientos tratado se corresponden, cronológicamente, con lo analizado en la primera parte.

(1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».

“En todo caso, las leyes triunfaron. (...)”²⁶.

Las explicaciones elaboradas por Thompson acerca del carácter del jacobinismo inglés y las razones de su fracaso tienden a subrayar la importancia de las características del movimiento, apuntando por otra parte los efectos que produce el jacobinismo francés:

“(...) en su momento culminante, en 1795, el movimiento tenía apenas 4 años de desarrollo; su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición, con partidarios ausentes y con un Robespierre que interrumpía las floridas épocas de sus discursos con la tétrica guillotina. (...)”²⁷

A continuación, el relevamiento de los acontecimientos se extiende hasta 1799, cuando el peso de otro acontecimiento, la sanción de una legislación especial que prohíbe y suprime por completo la Sociedad de Correspondencia de Londres y los Ingleses Unidos da cierre al relato de esta primer experiencia del jacobinismo²⁸.

El análisis que realiza Thompson sobre el jacobinismo considera la encarnación de esta tradición en distintas ideas y personas. Así, se plantean problemas como los de la actuación de los reformadores y el alcance del acercamiento a una postura revolucionaria en medio de un dilema sobre cómo llevar a cabo los objetivos de aquellos que no tenían representación en un contexto en que sus organizaciones eran perseguidas y reprimidas, que prefigura la división entre fuerza «moral» y «física» del movimiento cartista. Este acercamiento podía pasar por la aprobación de los métodos de agitación ilimitada (Thelwall) o de la clandestinidad (Spence)²⁹. Además, Thompson rescata en Spence el hecho de que la dirección de sus escritos se orientara hacia las mujeres trabajadoras. En esto encuentra la fuente de una tradición de defensa de los derechos de la mujer y la causa de la liberación sexual que encarna intelectualmente en las figuras de Mary Wollstonecraft, Godwin y Blake³⁰.

Thompson extrae, finalmente, una influencia positiva del fracaso del jacobinismo en la década del 90:

²⁶ Idem., pp. 149-150.

²⁷ Idem., p. 186.

²⁸ Idem., p. 180.

²⁹ Idem., pp. 164-166.

“Hasta aquí, podría parecer, que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento; apenas habían finalizado las guerra antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos librepensadores», transferida por hombres como Benjamin Flower y William Frend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox. Está la tradición de Place, y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas (algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patrones), que reaparecieron en la elección del Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett, y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

“Estas tradiciones se encarnan, no solo en ideas, sino en personas. (...)”³¹

Como resultado de esta conclusión pese a todo positiva y de la indagación en las formas peculiarmente inglesas, Thompson atisba a ver en la década de 1790 una “revolución inglesa” que se define, ante todo por un cambio en la conciencia (es decir en un nivel eminentemente subjetivo):

En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra”³².

Y la conceptualización de esta “revolución inglesa” es la que justifica el situar en esta década el punto de origen de la formación de la clase obrera.

La experiencia de la tradición jacobina que cristaliza en la década del 90 es vista en conjunto en un sentido positivo ya que, además de alterar las actitudes subpolíticas del pueblo, y afectar los alineamientos de clase, marca el inicio de las tradiciones que se desarrollarán en el siglo XIX. La particularidad de la combinación de continuidades y rupturas enunciada por Thompson permite ver la permanencia de la tradición jacobina más allá del punto de su fracaso (más adelante dedicará incluso abundantes páginas a corroborar empíricamente esta posición).

“(…) en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

³⁰ Idem., pp. 166-167.

³¹ Idem., p. 186.

³² Idem., p. 184.

“Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts* (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions*. Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el tradeunionismo. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción (...)»³³.

Asimismo, está presente en el análisis thompsoniano, un intento de vinculación entre la inauguración de los Templos de la Razón y la posterior tradición owenita³⁴.

La asociación con la recuperación hecha de las distintas tradiciones populares o disidentes, hace que este sentido positivo de la experiencia aparezca abordado desde una posición que considera central la valoración y la recuperación de la experiencia pasada. Para Thompson es fundamental mostrar que los valores de la Revolución que rompen “la compuerta del constitucionalismo inglés” son los de 1792 y no los de 1789 y que estos valores no son los del totalitarismo, sino los del internacionalismo, la prédica contra el exterminio de los adversarios, la tolerancia religiosa y la defensa de la libertad:

“(…) si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario Código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío». Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a la «muchedumbre» (en palabras de Paine) de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte de la libertad*»³⁵.

La indagación empírica que hace Thompson acerca del jacobinismo inglés lo conduce a encontrar en él los valores de participación de todos los ciudadanos en las tareas de los comités, las presidencias rotativas de éstos, la vigilancia hacia las pretensiones de los líderes, la creencia en la capacidad de razonar de todos los hombres, valores que a su juicio encarnan formas que se constituyen en crítica de la práctica

³³ Idem., pp. 188-189.

³⁴ Idem., p. 152.

contemporánea y que estarán presentes en el cartismo y ausentes en el socialismo de fines del siglo XIX y en el movimiento obrero del siglo XX. Esto muestra los alcances y las limitaciones de la proyección histórica de la experiencia jacobina y justifica la centralidad otorgada a estos acontecimientos en el análisis del proceso de formación de la clase obrera inglesa.

El jacobinismo implanta los orígenes de una tradición basada en estos principios y aporta, en los aspectos organizativos e ideológicos, la tradición de la autodidaxia, la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas, la tradición del republicanismo consciente y del internacionalismo. Además, la inclusión de la «nación» como tema en Paine, hasta entonces excluido de los debates constitucionales del siglo XVIII, marca la puesta en marcha de una nueva fuerza de impacto global en el proceso histórico: la fuerza de la democracia.

La originalidad de este planteo puede verse si prestamos atención al sentido político de las posturas de Thompson. Muchos de estos problemas saldrían a la luz en la primera serie de controversias de Thompson frente a Anderson y Nairn un par de años después de la publicación de *La formación...*

Aquí se discute el problema de la “revolución burguesa” en Inglaterra. La postura de Thompson critica el apego de sus oponentes al modelo francés y las dificultades de su aplicación a Inglaterra. Thompson se enfrenta desde el campo histórico a la tesis de Anderson y Nairn de que en Inglaterra, “una burguesía débil dio lugar a un proletariado subordinado” que explicaría la excepcionalidad de esta formación histórica y las características de la crisis “actual”³⁶.

Esto lo lleva a plantear las dificultades de encontrar en *el acontecimiento* el episodio crucial de una ruptura inevitable y el punto de quiebre universal más allá de las peculiaridades de cada experiencia concreta:

“Me opongo a un modelo que concentre la atención en un episodio crucial *la* Revolución- con el que se deba relacionar todo lo que va antes y después; y que hace hincapié en un tipo ideal de Revolución en comparación con la cual se deben juzgar todas las demás. Las mentes que tienen el ansia de un platonismo puro, se vuelven en seguida impacientes con la historia real. la Revolución Francesa fue un momento fundamental de la historia occidental que, en su rápido paso por una gama de experiencias, aportó intuiciones y prefiguraciones sin par de conflictos subsiguientes.

³⁵ Idem., pp. 97-98.

³⁶ Thompson, E. P. “Las peculiaridades de los ingleses” en *Historia Social*, nº18 Invierno de 1994, p. 22.

Pero, precisamente porque fue una experiencia gigantesca, no necesariamente fue una experiencia característica. lejos de considerar una fase de izquierdismo jacobino avanzado e igualitario sea una parte intrínseca de cualquier revolución burguesa plenamente lograda, la investigación reciente acerca del papel que jugó la multitud parisina, la composición social real de las secciones y de las instituciones del Terror y de los ejércitos revolucionarios, así como sobre la emergencia nacional de la dictadura de guerra, pone en cuestión hasta qué punto es significativo caracterizar el jacobinismo del Año II como una auténtica experiencia “burguesa”. Y, verdaderamente, no se puede atribuir a la burguesía *industrial* el haber sido ni la “vanguardia” del jacobinismo, ni la principal fuerza social que sostuvo aquel momento político profundamente ambiguo”³⁷

Así, si Thompson frente a Anderson y Nairn, “los Primeros Marxistas Blancos”, coincide aparentemente con Furet frente al “marxismo ortodoxo” en las críticas a la dificultad de encontrar la acción de la burguesía en los momentos cruciales de la dinámica revolucionaria, y por lo tanto de lo problemática que resulta la conjunción de una interpretación social con un análisis de *el* acontecimiento, la solución a que arriba es diametralmente opuesta. No se trata de acusar un supuesto efecto mistificador del concepto de “revolución burguesa” a partir de la denuncia del centramiento en el análisis del jacobinismo como “el episodio no «burgués [en que] la ideología moralizante y utópica encubre al máximo el proceso histórico real”³⁸, sino de situar a partir del análisis de los acontecimientos en una duración más amplia en que se inscribe la revolución, la explicación de una transformación social que, eso sí, es innegable, lleva al poder a la burguesía.

El hecho de que la burguesía no haya sido ni la vanguardia del jacobinismo, ni la principal fuerza social en acción es interpretado en el sentido de una valoración positiva de la acción de aquellos grupos sociales cuya acción fue fundamental para el triunfo de la burguesía. Se trata de mostrar que el problema no reside en que para 1832 en Inglaterra hay una burguesía con una experiencia “fragmentaria” o “incompleta” que “no [tenía] una experiencia «jacobina» avanzada, como cualquier burguesía de buena crianza debería tener”³⁹, sino en hurgar en las características específicas de una experiencia histórica única que no puede ser comprendida sino mediante un análisis exhaustivo de los acontecimientos que permita descentrarse del brillo mistificador del

³⁷ Idem.

³⁸ Furet, F., op. cit., p. 112.

³⁹ “Las peculiaridades...”, op. cit., p. 20

acontecimiento fundante *per se*, la Revolución, para concebir la transformación epocal que lleva al poder a la burguesía:

“los historiadores [...] deberían reconstruir desde la Guerra de las dos Rosas, la Monarquía de los Tudor (¿tenemos en la figura de Enrique VIII a un Robespierre prematuro, un dictadura de la burguesía?), el deshonor de los ministros reales, los conflictos religiosos de los siglos XVI y XVIII, y desde 1832, fragmentos de este gran arco que de hecho, en el sentido de época, constituye la revolución burguesa”⁴⁰

Esto guarda relación con la identificación de Thompson de la reforma de 1832 con la conclusión del proceso de formación de la clase obrera. Esto tiene el sentido de enfatizar y “recuperar” el componente obrero del radicalismo y del movimiento que llevó a la reforma. El caso inglés presenta la particularidad de no ser un movimiento de clase media que lleva a la cola a la clase obrera, sino un proceso “trastocado”⁴¹:

El “ejemplo” de la revolución francesa no puede ser tomado como modelo de revolución burguesa, justamente por el carácter aleccionador que tiene en tanto “ejemplo”. De hecho, en la consideración retrospectiva del caso inglés, el ejemplo de la revolución francesa se manifiesta abriendo las puertas a la contrarrevolución de los veinticinco años que suceden al punto más alto del jacobinismo inglés, configurando un papel timorato en la burguesía industrial y realzando el papel que debe cumplir el movimiento popular para la consecución de las mínimas reformas:

“El ejemplo de la Revolución francesa había iniciado tres procesos simultáneos: la aterrorizada respuesta contrarrevolucionaria de la aristocracia terrateniente y comercial; una retirada por parte de la burguesía industrial y una acomodación (en términos favorables) con el *statu quo*; y una rápida radicalización del movimiento popular en favor de la reforma hasta el punto de que los cuadros jacobinos que fueron bastante resistentes para sobrevivir a lo largo de las guerras eran en su mayoría pequeños patronos, artesanos, calceteros y tundidores, además de otros trabajadores. Los 25 años que siguieron a 1795 pueden considerarse como los años de la larga contrarrevolución, y en consecuencia el movimiento radical siguió siendo en su mayor parte de carácter obrero, con un populismo democrático avanzado como teoría. Pero el triunfo de un movimiento como éste difícilmente recibiría la bienvenida de parte de los propietarios de las hilanderías, los dueños de los altos hornos o los industriales. De aquí la ideología particularmente represiva y antiigualitaria de las clases medias inglesas (Godwin dando paso a Bentham, Bentham

⁴⁰ Idem., p. 22.

⁴¹ *La formación...*, Tomo II, p. 423. “La característica particular del desarrollo inglés había sido que, donde esperaríamos encontrar un movimiento creciente de la clase media en favor de la reforma, con la clase obrera a la cola, sucedido luego por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho nos encontramos con el proceso trastocado”.

dando paso a Malthus, M'Culloch y el doctor Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick). De aquí también el hecho de que la más suave medida de reforma para hacer frente a las irracionalidades manifiestas de la Vieja Corrupción se *aplazasen* en realidad, debido a la resistencia del viejo orden por un lado, a la timidez de los industriales por el otro”⁴².

La reconstrucción del proceso que lleva a 1832, aparece iluminada por el examen de las características de la crisis de 1832, acerca de la cual Thompson considera fundamental destacar el papel de la presencia de las tradiciones de la clase obrera y la posibilidad real de una revolución:

“La crisis del proyecto de ley para la reforma de 1832 -o, para ser más precisos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los «días de mayo» en 1832- ilustran esas tesis en casi todos los aspectos. La agitación surgió entre «el pueblo» y acusó rápidamente el consenso de opinión más asombroso en relación a la imperiosa necesidad de la «reforma». Mirado desde un punto de vista, Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis, durante esos doce meses, en la cual la revolución fue posible. La rapidez con que se extendió la agitación indica hasta que punto estaba presente entre el pueblo la experiencia de todo tipo de agitación constitucional y casi legal”⁴³

Sin embargo, Thompson considera que en otro sentido la revolución era imposible, justamente por la fuerza adquirida por el movimiento obrero radical que orienta a los líderes de clase media a buscar una salida negociada que conforme a todos los sectores sociales, excepto a los defensores más acérrimos del *ancien régime*. Los reformadores de clase media aparecen cumpliendo una función dual: organizan la agitación en favor de la reforma, pero se comprometen con la defensa de la propiedad frente a los “atropellos”: “Estos incendiarios de la clase media llevaban en sus mochilas un bastón de guardia especial”⁴⁴.

⁴² Idem.

⁴³ Idem., Tomo II, pp. 423-424.- Sobre las características de esta “revolución posible”, más adelante añade: “En otoño de 1831 y en los «días de mayo» Gran Bretaña estuvo al borde de una revolución que, una vez iniciada, bien podría haber prefigurado (si tenemos en cuenta el avance simultáneo en la teoría del cooperativismo y el sindicalismo), en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París”. Idem., p. 434.

⁴⁴ Idem., Tomo II, pp. 425-426.

Conclusión:

El análisis y la recuperación que Thompson hace de la experiencia del jacobinismo en su interpretación sobre la formación de la clase obrera inglesa dan cuenta de una “mirada inglesa” que puede percibir las ambigüedades del acontecimiento, la Revolución Francesa, sin por eso desconocer su impacto en el sentido de un quiebre en la historia, y sin dejar de valorar ese impacto positivamente.

El carácter político de su recuperación del jacobinismo es central, no sólo por la puntualización de aquellos aspectos que hacen notar el aporte concreto de determinados elementos presentes en el jacobinismo posteriormente perdidos en la historia de la clase obrera inglesa, sino por la particular forma en que Thompson combina en su obra historiográfica una reflexión sobre el pasado que es una reflexión sobre el presente, sobre una clase obrera ya no vista como necesariamente “subordinada”, sino como constitutiva de una experiencia histórica única cuyas “peculiaridades” es necesario explorar y no atribuir sesgadamente a una supuesta hibridez del orden impuesto en Inglaterra y a la “fragmentaria” experiencia de su clase dominante.

La interpretación thompsoniana logra saltar, ya desde 1963, las acusaciones de “justificación del presente por el pasado” e “historia teleológica” que se han repetido contra el marxismo al punto de tornarse un lugar común que no es ni siquiera necesario demostrar. Su postura demuestra la posibilidad de una combinación no historicista entre una “interpretación social” y un análisis exhaustivo de los acontecimientos políticos, al tiempo que muestra acaso que “es posible una mirada extranjera sobre la Revolución”

Encontramos en esta mirada una reflexión sobre el pasado que es también una reflexión sobre el presente, y que por reconocerse como tal, desenmascara las falacias del revisionismo y sus acusaciones a las interpretaciones contrarias en términos de

“juicios de valor”, “esencialismo de las interpretaciones sociales” y “teleología de la historia”.

En este sentido, consideramos que su obra no trata de eludir la determinación del pasado por el presente, sino de plantear el problema de las formas particulares en que esta puede dar como resultado una legítima interpretación historiográfica. Y en esta interpretación el jacobinismo ocupa un lugar central por derecho propio, no como una condenable apelación a la violencia en nombre de una maniquea necesidad histórica que testimonia el ilusorio desfase de la dinámica acontecimental con respecto a la historia real, sino como concreto punto de ruptura con respecto a las tradiciones populares inglesas del siglo XVIII que se hallan en el sustrato de su emergencia, punto de inicio en la conformación de la clase obrera y fenómeno cuya recuperación desde el presente para la clase obrera es indispensable. En este sentido, Thompson parece estar claramente lejano a las concepciones homogéneas del tiempo y la determinación del acontecimiento atribuidas por los revisionistas a los marxistas, y claramente enrolado en una perspectiva marxista. La práctica historiográfica de Thompson parece ser más una expresión de esa “lucha por el pasado oprimido” de la que habla Walter Benjamin y estar en concordancia con sus postulados sobre las formas en que se construye la historiografía materialista en oposición a toda forma historicista:

“El historicismo culmina, con razón, en la historia universal. De ella se diferencia la historiografía materialista metodológicamente quizá con más nitidez que de cualquier otra. Aquella carece de armazón teórica. Su proceder es aditivo: suministra la masa de los hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío. Por su parte, en el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo. Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción. Cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un *shock*, por el cual se cristaliza él como mónada. El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. La aprehende para hacer saltar a una determinada época del decurso homogéneo de la historia; así [también] hace saltar a una determinada vida de la época, así, a una determinada obra de la obra de [toda] una vida. El resultado de su proceder consiste en que la obra entera está [a la vez] conservada y suprimida *en* la obra, *en* la obra entera la época y *en* la época el entero curso de la historia. El fruto

nutricio de la históricamente concebido tiene en su *interior* el tiempo como semilla preciosa, pero insípida”⁴⁵.

⁴⁵ Benjamin, W., op. cit., Tesis XVII, pp. 63-64.